

# La fábula del ex-presidente o Un nuevo hogar para Fito

Fernando Dworak

SI SER UN AMIGO incluye ver a alguien hasta en estos lugares, definitivamente lo soy. No me pregunten porqué, pero cuando Fito me reconoce, exclama el ¡maestrísimo! de antaño y conversa con esa mirada insomne y profunda que en otro contexto sería la de un chamán, sé que valen la pena los chequeos. Sin embargo, hoy tendré que escuchar otra vez esa historia de la que fui cómplice –algo que también se espera de mí.

– ... iba en el coche de mi madre, y en un alto estaba un ambulante que vendía muñequitos del ex-presidente vestido de presidiario. No los había visto en un tiempo, así que le compré uno y lo metí en la guantera, junto con la colección de estampitas de santos. Sabes lo que pienso del tipo: no era un angelito, cierto, pero también nos encanta sentirnos víctimas, ¿o no? Bueno, el caso es que a las dos cuadras iba pisándole al acelerador cuando ese animal del pecero se pasó el alto. Miguel Ángel, Cuauhtémoc y Regina me dijeron que di dos vueltas como trompo y casi doblo el poste de luz.

Todavía hoy me da gracia ver a esos tres. Si bien considero importante tener una causa, creo que el sólo recabar firmas es una pose. Aquel día, aprovechando sus vacaciones por la huelga de la UNAM, estaban volanteando por la paz en Chiapas cuando oyeron el choque y corrieron a ver qué había pasado. Una vez que pudieron abrir la puerta –el carro acabó desecho–, sacaron a mi amigo inconsciente y con unos cuantos moretones y cortadas. Al buscar alguna identificación, abrieron la guantera y afirman que

descubrieron las estampitas religiosas desechas, pero al ex-presidente intacto.

– Cuando abrí los ojos, estaba en el hospital con un catéter clavado en la mano y mis padres a un lado con esa cara de puchero que me fastidia. Me iba a sentar, pero sentí las puntadas en la panza, y de pronto entró el doctor con su tuviste mucha suerte mano, te pudiste haber matado, ten cuidado para la próxima y bla bla bla. Total, iba a estar allí tres o cuatro días más.

Al enterarme del accidente lo fui a visitar, pero se encontraba dormido por la anestesia. Conversé con los padres de Fito y me enteré de los detalles, y al salir por el pasillo me encontré por primera vez con ese trío. Me pregunté cómo los habían dejado entrar con ese fuerte olor a cannabis. Poco después le estaban presentando su teoría.

– Cuando entraron, pensé que eran compañeros de la carrera, pero recordé que no era tan popular. Mientras el flaco rubio estaba hablando de lo mal que me veía, me estaba fijando en los senos de su amiga bajo esa camisa guatemalteca. De pronto el tercero, con una voz lenta y como dormida, saca al muñequito de su bolsillo diciéndome que me había salvado la vida. Estaba tan emocionado que movió la cabecita del juguete. Hicieron una reverencia y se fueron, dejándome de a cuatro. Cuando salí del hospital, mamá se había expropiado mi carro, así que volví a los peceros y rides. Dos semanas después estaba en una parada cuando vi la revista y pensé que era broma tuya.

La idea no fue mía, pero me hubiera gustado que lo fuese. La revista en cuestión era un tabloide sobre “lo insólito.” En la portada se veían tres fotografías enmarcadas en un fondo rosa chicle. La primera era un montaje que tenía un carro destrozado –no el de la madre de mi amigo–, el pobre Fito inconsciente en el suelo –supongo éstos traían una cámara–, y Cuauhtémoc y Miguel Ángel arrodillados frente a Regina, que con su precioso cabello color miel suelto cual antigua sacerdotisa, elevaba al muñequito como si fuese el Grial. Al pie de la imagen uno lee: *Se encomendó en sus brazos y le salvó. Joven estudiante cree en nuestro ex-presidente.* La segunda, una toma del juguete salvador con otra leyenda: *Milagro a pesar de la crisis.* Finalmente, en la tercera se podía ver a alguien torpemente maquillado como Chewbacca, y al calce: *Es peludo y millonario. Hombre lobo busca novia.* Ese día, al llegar a la universidad, vi a Fito con diez ejemplares bajo el brazo.

– Regresé al lugar del choque para buscar a esos cuates, y no me esperaba eso. Tenían una manta detrás donde estaba yo pintado con túnica blanca y rezándole al ex-presidente, y al lado decía: *No al linchamiento. Jóvenes Democráticos Unidos por la Beatificación del Ex-Presidente (JODEUBEP).* Regina me vio, sus ojos almendrados brillaron con el sol, les avisó a los otros, quienes al salir de su asombro me rodearon como un corsé de sudor y pachulí entre sus ¡maestro, regresaste!, ¡ya estamos listos para tu misión!, y cosas así. Leí sus folletos y no me la creí: para ellos el tipo ese estaba expiando nuestros pecados en el extranjero para purificarnos, y debíamos odiarlo porque no sabíamos todavía que era nuestro salvador. Una vez logrado su objetivo, seríamos el nuevo centro espiritual del planeta, libres de toda corrupción y neoliberalismos. Por lo tanto, debía yo de ser quien les abriese los ojos a todos para que regresase con toda su gloria y gabinete ampliado. Imagínate Fer: de pronto era un profeta.... qué loco, ¿no? Me alejé mordiéndome la lengua, pero siguieron adelante.

Y vaya que lo hicieron. Por esos días me fui a Coyoacán a tomar un café, y vi a unas personas repartiendo volantes cuando ya no podía tomar otro camino. Uno de ellos, sonriente, me corta el camino y comienza a hablarme de su buena nueva. Ya me estaba resignando a un discurso religioso cuando me extiende un folleto con Fito en la portada. Con la mayor amabilidad posible le dije que tenía una cita urgente, y le di un nombre y teléfono falsos ante su insistencia de mantener contacto conmigo. Me di cuenta

que esa causa había ganado conversos. También por esas fechas mi amigo iba en el metro cuando se le acercó una viejita, quien le pidió bendijese un nuevo muñequito del ex-presidente, esta vez con manto púrpura y aureola.

– Un día andaba en casa solo viendo la tele cuando oí el timbre. Bajo las escaleras, abro la puerta, y ahí estaba Regina viéndome con esos ojos tan brillantes que uno los piensa claros, y una sonrisa de fingida inocencia. A pesar de su chistecito me dio gusto verla, así que la invité a pasar. Puse música de fondo, y me pidió un tequila. Aunque no llevaba una camisa guatemalteca, a las dos horas y con música de Bryan Ferry me comencé a perder en la línea de su piel y el escote... abrió los ojos coquetamente, jugó con su cabellera, y supe muy bien a qué venía.

Me molesta un poco escuchar esto, y no tanto por el buen o mal gusto de jactarse de estas cosas, sino porque a mí también me gustaba esa mujer. Aunque comencé a verlos juntos en las reuniones de los amigos, no supe exactamente qué estaba pasando hasta que Fito fue víctima de un chantaje.

– Ella me puso así la cosa: o asumía mi papel de profeta y lo que hacía con el niño era su problema, o hacía un escándalo y a ver qué pasaba. Te confieso Fer que estoy casi seguro que el niño se parecerá más a Cuauhtémoc o a Miguel Ángel cuando nazca, pero entre el desgaste y el oso de hacer alguna aparición en público elegí lo segundo.

La semana siguiente dio su primera conferencia. Sus tres acólitos –así se nombraban– habían alquilado un auditorio para doscientas personas, y para mi asombro lo llenaron hasta con gente sentada en los pasillos. A mí, como amigo personal del profeta, me asignaron un asiento en primera fila. Originalmente había pensado no ir, pero me venció la curiosidad de ver a un estudiante de ciencia política dar un discurso mezcla de esoterismo callejero y discurso popular, con algo de teoría.

– Primero pensé decir algo gracioso para enojar a esos tres y me dejaran en paz, pero estando allí arriba y ver a toda esa gente, comencé a hablar algo distinto, y la verdad es que era tan espontáneo que salía de mis labios como si lo hubiese sabido siempre. Es más, era uno de esos momentos en que era tan yo mismo que me sentía otra persona.



De la serie Cartografías, XV, 81 x 64 cm

Y hasta hoy sigue siendo otra persona. Cerca del final de su discurso dijo algo que había yo pasado por alto, pero el resto del auditorio lo tomó muy en serio: que la gran purificación se daría con un ritual donde todos los conversos juntarían sus manos para invocar el regreso del ex-presidente. Al iniciarse la ronda de preguntas, alguien quiso saber más sobre tal ceremonia. Llevo años de conocer a Fito —o, más bien, “no conocerlo”—, y nunca me hubiera imaginado su respuesta. Para que tuviese efecto, declaró, era necesario hacer una peregrinación hacia un lugar donde sus vibraciones todavía se sientan. Inmediatamente alguien del público sugirió la residencia oficial pero mi amigo, a quien le gusta tener siempre todas las ideas, replicó que se debía ir con quien había sido coordinador de asesores del mandatario. Una semana después ya se estaba organizando la excursión a Guadalajara, donde vivía esta persona. Se había juntado tanta gente que estuve a punto de sugerirle a Fito que creásemos un nuevo partido. Sin embargo, ya era muy tarde y después del primer debate ya se sabía quién iba a ganar las elecciones. De todas formas, pensé, estábamos a tiempo para el 2003.

— Aunque me encantaba mi nuevo papel, todavía tenía la esperanza de que a mis seguidores les diese fiaca el viaje, dijeran que ahí quedaba y me dejaran en paz. Por eso sugerí que la peregrinación debía ser a pie, pero otra vez me equivoqué. El día señalado reuní como a quinientas personas y no sabía qué hacer. Pensé que se rendirían pronto por lo difícil del camino, pero se me acercó Miguel Ángel diciendo que hasta había reunido jugosos donativos. Bueno, ya me había lanzado...

Podré ser muy amigo de Fito, pero esa vez le deseé la mejor de las suertes. Aunque estuve revisando los periódicos buscando saber algo de su viaje, no llamó la atención una peregrinación de excéntricos frente a la campaña presidencial. Todavía me falta conseguir recortes de los diarios locales por donde pasó la marcha, pero lo cierto es que duró una semana y no se registraron contratiempos. Incluso muchas personas se le unieron.

— No lo podía creer: tenía enfrente a 1,500 seguidores cuando llegamos a la casa del asesor. Sentí un hueco en el estómago, se me olvidaron las palabras que había inventado para llamar el ex-presidente y me puse a improvisar algo que pareció convencer a todos, pues juntaron las manos y miraron al cielo. Entonces, alguien murmuró algo como un mantra, que se extendió entre la multitud y Fer, no te puedo explicar lo maravilloso que sonaba...

El guardián interrumpió antes que Fito pudiese terminar la oración. Me paro de puntillas para poderle dar un buen abrazo, y le prometo regresar pronto. Repito, aun no tengo los recortes de la prensa local, aunque pienso hacer un viaje la semana próxima para conseguirlos. Poco después del hecho Miguel Ángel, todavía con rostro extático, me comentó que cantaron su mantra por diez minutos antes de ser detenidos por la policía a petición de un vecino irritado. Para muchos no pasó del susto: quienes no salieron corriendo pasaron la noche en separos, saliendo libres al día siguiente. Mi amigo fue sujeto a exámenes psiquiátricos que no aprobó. Recuerdo con nostalgia esas interminables tertulias con música de *Dire Straits*, palomitas de maíz, cerveza y galletas con chispas de chocolate de los viejos tiempos mientras Fito atraviesa la puerta del cuarto de visitas. No bien salgo del sanatorio cuando Cuauhtémoc me informa que Regina está a punto de dar a luz, y su hijo tomará el lugar de mi amigo como profeta. Suena bien: con algo de dicción y menos cannabis esos tres pueden hacerse buenos oradores, y en cinco años tendremos un partido político. Es ridículo apoyarse en ideas mesiánicas para llegar al poder, pero si otros pueden, ¿porqué nosotros no?

FERNANDO DWORAK. Escritor y analista político. Es colaborador del diario The News. Correo electrónico: fernando@fernandodworak.com